

## No solo memorias, sino valioso texto de historia

*El país que me tocó (memorias)*

ENRIQUE SANTOS CALDERÓN

Debate, Bogotá, 2018, 283 pp.

EN SUS *Memorias*, Enrique Santos Calderón nos hace partícipes de la fascinante vida de un periodista que, a lo largo de sus 45 años de prolífica carrera en el primer diario del país, fungiendo como reportero, corresponsal, jefe de internacionales y, entre otros, de subdirector y director, tuvo, como él mismo reconoce, “un palco privilegiado para observar lo que pasaba en Colombia” (p. 186). Este libro, con una impronta personal ostensible, propia de las memorias de un hombre de vasta cultura, profunda sensibilidad social y agudo sentido crítico, es a la vez una valiosa fuente para acercarse a la historia de Colombia, desde los años cincuenta del siglo xx hasta la elección de Iván Duque como presidente del país. Sin duda, en el texto de Enrique Santos Calderón, la vida personal y la historia del país están profundamente imbricadas. Y no en virtud de su pertenencia a la élite cultural, política y económica del país, sino por su capacidad de pensar por sí mismo; espíritu crítico que cultivaría en el marco de su propia familia, los Santos y “la calderonada”, de su excelente formación académica en el seno de las ciencias sociales y humanas, de su vivencia de la explosión contracultural, sexual y política, propia de los años sesenta, entre otros múltiples espacios recreados en su libro y que forman parte de ese recuento biográfico, que decide materializar en recuerdo, precisamente por la huella que dejaron en su pensamiento y en su sensibilidad.

Miembro de una de las familias más influyentes en la vida pública del país, a lo largo del siglo xx y comienzos del siglo XXI, su texto ofrece una mirada a la diversidad ideológica que se anida en la familia Santos. De la multiplicidad de miembros de su familia es particularmente interesante el análisis de su tío abuelo, Eduardo Santos Montejó, quien siendo director y propietario único de *El Tiempo* fue presidente de la República entre 1938 y 1942. Además de resaltar

la firmeza con la que abrazó la Segunda República española, su apoyo a la libertad de prensa y la activa política cultural que impulsó desde su gobierno, Santos Calderón hace eco del debate historiográfico sobre cuán progresista o no fue el gobierno de Santos Montejó al frenar o desacelerar la Revolución en Marcha de Alfonso López Pumarejo. Más al hilo de historiadores como Jorge Orlando Melo y menos de Álvaro Tirado Mejía, considera que la de Santos fue una pausa necesaria en una época en que la implementación de reformas liberales había desatado una reacción muy fuerte, desde la llegada al poder de Olaya Herrera, después de 46 años de hegemonía conservadora (p. 35).

Llamando la atención sobre el ambiente sectario y polarizado de la época en que la violencia simbólica partidista desencadenaba rápidamente la violencia física, Santos Calderón explica, con acierto, por qué Eduardo Santos prefirió no radicalizar la Revolución en Marcha, sin abandonar una política reformista. A su juicio, la misma férrea oposición a las reformas liberales que había conducido a la decisión de Santos llevó a López Pumarejo a renunciar en 1945, antes de concluir su segundo período presidencial. Si bien sostiene que los responsables de la violencia que bañó de sangre al país, desde mediados de los años cuarenta hasta mediados de los cincuenta, no fueron exclusivamente los conservadores, no esconde su convencimiento de que la causa fundamental de esta fuera el empeño del Partido Conservador, exhortado por la intransigencia de líderes como Laureano Gómez, en impedir que el Partido Liberal volviera a detentar el poder.

Aun cuando la importancia y la influencia de *El Tiempo* se construyeran en el marco de la lucha partidista, de acuerdo con Santos Calderón, precisamente por el temor a recaer en la Violencia, el periódico sería, a partir del Frente Nacional y hasta los años ochenta, “el más sólido defensor del sistema” (p. 186). Justamente contra el *establecimiento* periodístico, liderado por el periódico de su familia, el 5 de diciembre de 1970 comenzó a publicar, en ese mismo diario, su columna “Contraescape”; así titulada para poner de manifiesto que, frente al periodismo escapista practicado

entonces en el país, el suyo estaría encaminado a enfrentar la realidad. En sus palabras: “Con ese título, tal vez petulante, me propuse mostrar sin maquillaje problemas del país que la prensa evadía” (p. 91). Publicada dos veces por semana durante 28 años consecutivos, hasta el 2 de mayo de 1999, esta columna, que llegó a ser la más leída del país, constituye para Santos Calderón su más sobresaliente proyecto periodístico y uno que le costó mucho suspender, al asumir la dirección del periódico en 1999. Dejar de escribirla fue para él como “enterrar un hijo” (p. 91). Si con “Danza de las Horas”, su abuelo Enrique Santos Montejó, más conocido como “Calibán”, había inaugurado el género de la columna de opinión fija, “Contraescape” y “Reloj”, la columna de Daniel Samper, introdujeron en Colombia “el género de la columna de opinión fija e independiente” (p. 91).

Otra contrapropuesta al oficialismo informativo y un hecho fundamental de su trabajo periodístico fue la publicación, a finales de 1973, de la revista *Alternativa*. Frente a las densas revistas de izquierda, de escasa circulación, *Alternativa* marcaría un hito en el periodismo colombiano y latinoamericano, aunando a su espíritu heterodoxo un énfasis en lo visual y humorístico, desconcertante para la época. La revista, en la que convergieron investigadores y comunicadores, unidos por la necesidad de construir un medio que diera cuenta de la Colombia que no aparecía representada en la “gran prensa”, duraría seis años. Sin duda, entre todos los que respaldaron y escribieron en *Alternativa*, el más destacado sería Gabo, cuyo apoyo fue fundamental para que la revista alcanzara la resonancia que tuvo. Con Gabo, entre otros colegas, también conjugaría esfuerzos para lanzar el noticiero *QAP*, al aire por seis años hasta que el gobierno de entonces, en cabeza de Ernesto Samper, lo suspendiera (pp. 160-161).

Su tendencia de izquierda, que con los años matizaría hacia posturas más de centro, habría de acarrearle frecuentes tensiones con su padre, Eduardo Santos Castillo, quien, a diferencia del expresidente Santos, fue gran admirador de Franco y en últimas “un liberal cuyos únicos enemigos eran

BIOGRAFÍA		RESEÑAS
<p>los camaradas” (p. 23). Por lo demás, Santos Calderón lo reconoce como “un periodista fuera de serie, con un olfato excepcional para las noticias de cualquier tipo” y quien, hasta el día en que se retiró del periódico, tras 56 años de trabajo, “vivió pendiente de que no lo fueran a chiviar” (p. 24).</p> <p>En sus memorias, Santos Calderón reflexiona también sobre las implicaciones de ser periodista en un país en el que la prensa ha sido, no pocas veces, blanco de ataque de los violentos. Particularmente complejos fueron los años ochenta y noventa, época “de un terror difícil de imaginar para quienes no la vivieron e imposible de olvidar para quienes ejercimos el periodismo en esos años” en los que el narcoterrorismo hizo del periodismo un blanco constante (p. 127). No duda que la droga se debe legalizar, porque mientras sea ilegal, el negocio seguirá siendo rentable y la violencia no se detendrá. Mientras haya demanda habrá oferta. Desde su perspectiva, no se puede seguir fumigando por doquier, criminalizando a los campesinos cultivadores, llenando los bolsillos de las mafias y, en definitiva, “quemando billones en una guerra contra las drogas decretada desde Washington, que ha demostrado ser uno de los fracasos más costosos de la historia moderna” (p. 151).</p> <p>Asimismo, <i>El país que me tocó</i> da cuenta de los cambios en el ecosistema mediático que, de la mano del auge de internet, llevaron a <i>El Tiempo</i> a la pérdida de su autonomía financiera hasta el punto de ser adquirido, parcialmente, en 2007, por el grupo español Planeta y, años después, en su totalidad, por el principal banquero colombiano, Luis Carlos Sarmiento Angulo. Situación, “dolorosa pero inevitable” (p. 179), que hace eco de lo sucedido en otros medios de referencia nacional e internacional, hoy en manos de conglomerados económicos, foráneos al mundo del periodismo. Sin embargo, esto no quiere decir que estén “sometidos a una rigurosa tutela de sus dueños” o hayan dejado de cumplir una “crucial labor informativa y de denuncia” (p. 188). Sea como fuere, en sus palabras, “<i>El Tiempo</i> ya no es el que era, pero sigue siendo el más completo y casi siempre el mejor informado, aunque en páginas de opinión <i>El Espectador</i> gana la partida” (p. 187).</p>	<p>Finalmente, el libro hace hincapié en las tensiones provocadas, tanto al interior de la familia, como en el marco más amplio de la sociedad, por la vinculación simultánea de los Santos al periodismo y a la política; ámbitos que, desde una genuina óptica periodística, como la de su autor, son antagónicos. El hecho es que, habiendo peleado sostenidamente por evitar que el periódico tuviera ligazones con el gobierno de turno, en 1999, al asumir su dirección, Santos Calderón tenía un hermano ministro y un primo hermano vicepresidente (p. 178). En sus palabras: “Era descorazonador que, pese a todos los esfuerzos que hacíamos, a la opinión pública le costara creer que no había un cordón umbilical cómplice entre los Santos periodistas y los Santos del gobierno Uribe” (p. 179).</p> <p>Cuando su hermano, Juan Manuel Santos, fue elegido presidente, Enrique ya estaba retirado del periódico y comenzando a escribir este libro, que interrumpió para colaborar con el proceso de paz. A su juicio, Juan Manuel Santos “remató bien y [...] dejó al país mejor de lo que lo encontró” (p. 259). Pese a la impopularidad con la que terminó su mandato, fue el presidente que desarmó a la guerrilla más poderosa, entregando “un país en el que 20 millones de colombianos salieron a votar por su sucesor sin que se registrara un solo acto de violencia” (p. 280). De todas maneras, no vacila en sostener que “no hay mayor maldición para un periodista que tener hermano presidente” (p. 276) y que “aquí ya no caben más Santos en puestos de poder. No se puede saturar al país con los mismos apellidos todo el tiempo” (p. 29). Definitivamente, vale la pena leer <i>El país que me tocó</i>.</p> <p style="text-align: right;"><b>Andrea Cadelo</b> Pontificia Universidad Javeriana</p>	